

Films de Amor

¡Muchacha!... ¿Cara o cruz?

NUM

323



Charlotte Ander
Vera Liessem

25

CJS.

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERS.
Valencia, 234-Apartado 707. Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Cívil Española de Librería - Barbés, 14 y 16 - Barcelona

NÚM. VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 225

Muchacha ¿cara o cruz?

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por

Charlotte Ander y Viktor de Kowa

Narración de ALFREDO DARNELL

SELECCIONES

CINEAES, S. A.

Vía Layetana, 53 Barcelona

Film de la T. H. Poduktion. Hisa Film

INTERPRETES:

| | |
|-------|-----------------|
| Annie | CHARLOTTE ANDER |
| Pablo | VIKTOR DE KOWA |
| Oily | Wera Liessem |

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Annie estaba encaramada en lo alto de una escalera, pintando el rótulo de una panadería. Annie era una rubia monísima, que se veía obligada por la necesidad a descender a pintar lo que se presentaba, lo mismo si era un cuadro para una agencia de turismo, como un escaparate, como una puerta.

—¿Ha acabado usted ya? — le preguntó la dueña de la panadería, que la estaba contemplando con cara satisfecha.

—Sí, señora — contestó Annie descendiendo de la escalera —. Ya está acabada la última A.

Bien. Aquí tiene los doce panecillos estipulados — dijo la panadera, que había encontrado la manera de que la pintora le saliese barata.

—Bien — dijo Annie recogiendo el paquete —. Ya lo sabe usted; siempre que necesite alguien para que la pinte, puede disponer de mí.

Annie se dirigió a su casa, donde vivía en compañía de su íntima amiga Olly. Vivían las muchachas en una buhardilla. Ambas estaban solas en el mundo y procuraban defenderse pintando. La vida, sin embargo, no les era muy propicia. A veces el trabajo escaseaba y tenían que recurrir a su inagotable ingenio para hacerse con un poco de dinero.

Debido al mucho aire que hacía, el sombrero de Annie se le marchó de la cabeza y fue a caer dentro de un automóvil. Como viera Annie que se hallaba desocupado penetró en el coche. En el momento que iba a hacerse con él, un joven entró en el coche y, al ver a la guapa muchacha, lo puso rápidamente en marcha.

—¡Oh! — gritó Annie ante la frescura del joven.

—¿Qué le sucede? — preguntó el joven mirándola sonriente.

Annie había visto que su autobús había pasado al lado del automóvil.

—¡Mi autobús! ¡He perdido el autobús! — dijo Annie desolada.

—No importa, señorita. Yo la acompañaré hasta donde quiera. Cuanto más lejos, mejor.

Annie se quedó mirando al muchacho un poco enfadada. Sin embargo el aspecto del desconocido le agradó e interiormente se dijo a sí misma que era muy guapo.

—Es usted muy fresco. ¿Quién le ha dicho que yo quería ir en el coche?

—Permítame que me presente, señorita— dijo el joven, sin hacer caso de lo que ella le decía—. Me llamo Pablo Hartwig. Ahora ya somos conocidos. Me hace falta saber su nombre y adónde quiere que nos dirijamos.

—Permítame — dijo ella—. No tengo interés alguno en que sepa usted cómo me llamo.

—Bien. Le advierto que el trayecto le costará más barato que en el autobús.

—¿Sí? ¿Qué me costará? — preguntó Annie burlescamente.

—Por cada kilómetro un beso — contestó Pablo.

Annie dió entonces un cachetito a Pablo y éste detuvo el auto.

—Adiós — dijo Annie intentando bajar del auto.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo para hacerlo, Pablo la cogió por el brazo y la besó en la boca, sin que Annie pudiera impedirlo. Al fin logró desasirse y se apeó del coche rápidamente, mientras el muchacho la saludaba con el brazo.

Annie logró coger un autobús que la condujo hasta su casa.

Olly, que la estaba esperando desde hacía rato, salió a abrirle la puerta y la besó en la cara.

—¡Oh! ¡Annie! Traes los panecillos. ¡Qué bien!

—¡Hola! — dijo Annie—. ¿Ha venido alguien a cobrar?

—No. Hoy hemos tenido suerte. Pero tenemos que buscar dinero, sea como sea. Se nos están acabando las provisiones.

—¿No te ha besado nadie? — preguntó Annie a su amiga.

—¿Qué dices? — contestó Olly creyendo no haber oído bien.

—Sí. A mí me han dado un beso en la boca que me ha dejado asfixiada.

—¿Te has vuelto loca, Annie?

—No mujer. Te estoy contando la verdad. Un joven me ha besado en un auto.

—¿Qué hacías tú en el auto?

—Me voló el sombrero y fui a recogerlo. Pero, ahora tengo apetito. ¿Qué me vas a dar de comer?

Las muchachas comieron alegremente, contándose mutuamente lo que habían hecho aquella mañana. Al llegar al café, Olly dijo con el semblante compungido:

—Se nos ha acabado el azúcar. Sólo nos queda un terrón.

—Nos lo jugaremos a cara o cruz — dijo Annie—. ¿Qué quieres?

—Yo cara.

—¡Cruz! — dijo Annie riendo. Toma la mitad.

—Tenemos que probar de vender algo — dijo Olly preocupada—. Nos hemos quedado sin un céntimo.

—Ahora mismo voy a ir a casa "Müller".

—¿Crees que se querrá quedar con algo?

—No sé, pero tenemos que probar. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Tienes razón, Ve.

Annie cogió un cuadro y se dirigió a la casa "Müller y Compañía".

La recibió el encargado.

—Vengo a traerle este cuadro. ¿Qué le parece?

—Señorita: ya nos quedamos con un cuadro suyo y perdimos dinero.

Usted se dedica a pintar paisajes de otros países, sin haberlos visitado, y eso no puede ser. No hará usted nunca nada. Le voy a dar un consejo: viaje.

—Ya lo dice usted: ¿de dónde saco yo el dinero para viajar? En fin qué le vamos a hacer. Usted lo pase bien.

Annie, entristecida por la mala acogida de su gestión regresó a su casa.

SEGUNDA PARTE.

Pablo Hartwig a quien ya hemos conocido cuando le gastó a Annie la broma de llevarse en el coche, era sobrino de la casa "Müller y Cía.", dedicada al negocio de venta de objetos artísticos. Una vez hubo perdido de vista a su gentil desconocida, se dirigió a casa de su tío con quien vivía, y entró en su despacho.

—Hola, querido tío. Acabo de conocer a una muchacha encantadora. Era preciosa, guapísima y muy simpática.

—Pablo, no puedes ser formal nunca. A mí ya sabes que no me interesan las mujeres como no tengan tres mil y pico de años.

—Te vas a volver viejo entre tantas antigüedades.

—Fíjate en esta mujer — dijo el señor Hartwig enseñándole un cuadro—. Tiene 3.018 años.

—Pues no te quepa duda que le sobran al menos tres mil años. La muchacha que yo he conocido tiene el sobrante, 18 años justos, y está mucho mejor que esos cachivaches.

—Pablo: tienes que hacerme un favor. Yo

debo asentarme todo el día. ¿Quieres quedarte en mi puesto hasta la noche?

—Como quieras tío. Ya sabes que estoy a tu disposición.

Cuando Annie había ido a la tienda la había recibido el encargado y Pablo no pudo verla. Al llegar a su casa contó a Olly lo sucedido y Olly, le dijo:

—Tenemos que buscar una solución heroica. Yo voy a salir ahora mismo. Tú coge ese cuadro que representa la bahía de Nápoles y bórrale el Vesubio.

—¿Cómo?—preguntó Annie boquiabierta.

—¡Cállate! Haz lo que te digo o nos quedamos sin cenar esta noche.

Olly se vistió con un traje sastre y se puso unas gafas de concha, dirigiéndose a casa Müller.

El encargado salió a recibirla, pero en aquel mismo momento regresaba el señor Hartwig y la recibió el mismo.

—¿Qué desea, señora?

—Yo desear—dijo Olly con acento inglés—un cuadro.

—¿Paisajes? ¿Retratos? Le ruego me especifique lo que desea.

—¡Oh! Yo desear cosa muy extraña. Usted seguramente no poder complacerme.

—¿Usted dirá?



—¡Oh! Nápoles sin Vesubio.

—Yo desear un cuadro de Nápoles.

—¡Oh! Señorita. Justamente poseo varios, verdaderamente preciosos.

—Sí, es posible, pero yo desear un cuadro de Nápoles sin Vesubio.

—¿Sin Vesubio?—exclamó asombrado el señor Hartwig.

—Sí, señor. Yo guardar mal recuerdo de un flirt en Vesubio, dame nervios si lo veo.

—Señora: usted comprenderá... en este mo-

mento no posso nada igual... pero le prometo que haré los imposibles...

—Bien. Yo volver dentro de cuatro días y pagar lo que sea. Buenas tardes.

El señor Hartwig entró en el despacho donde se hallaba Pablo.

—¡Hola, tío! ¿Ya de regreso?

—Sí. Acabo de recibir a una cliente que me pedía un cuadro de Nápoles sin Vesubio.

—¿Era alemana?—preguntó Pablo.

—No. Supongo que se trata de una americana y debe ser inmensamente rica cuando tiene esos caprichos. Es preciso encontrarle el cuadro sea como sea.

En aquel momento entró el encargado y dijo:

—Señor Hartwig, una muchacha que ya vino esta tarde pregunta por usted.

Salió Hartwig a hizo un gesto de malhumor al ver a Annie.

—Vengo a traerle este cuadro por si les gusta más que el que he traído antes.

—Señorita, yo antes no estaba aquí, pero el cuadro que le compramos hace tiempo tuvo muy poco éxito.

Annie enseñó el cuadro y Hartwig exclamó:

—¡Oh! Nápoles sin Vesubio. ¡Estupendo! ¡Estupendo! Su ignorancia nos va a salvar. Le doy doscientos marcos—dijo Hartwig.

—Trescientos—contestó Annie.

—Aceptado. Señorita. Aquí tiene los trescientos.

—Muchas gracias—dijo Annie que estaba más que contenta al comprobar que la idea de Olly había dado resultado.

En el momento que salía a la calle Pablo la vió a través de los cristales de la ventana del despacho y salió corriendo tras ella. Annie se dirigió a una Central de ferrocarriles y compró dos billetes. Pablo la vió desde lejos, y preguntó al encargado de la taquilla.

—Escuche, mi hermana se olvidó de encargar los asientos.

—¿Quién es su hermana?—preguntó el encargado.

—Aquella muchacha que se dirige a la puerta—contestó Pablo señalando a Annie.

—¡Ah! ¿Aquella que ha comprado los billetes para Partenkirchen?

—Partenkirchen. Muchas gracias—y se dirigió corriendo hacia la salida mientras el encargado se quedó creyendo que se trataba de un loco.

Pablo se dirigió a casa de su tío y le dijo:

—Oye: mañana me voy a Partenkirchen.

—¿Tú!—contestó el tío extrañado—. ¿Y qué vas a hacer allí?

—¡Oh! Tengo un conocido. El Barón de Ravensburg está un poco apurado actualmente y quiere vender algunas cosas.

Pablo, efectivamente, conocía a Ravens-

burg, pero se había inventado aquella excusa porque no se le ocurrió otra de momento.

—Oye... oye... dijo el tío recordando—.

¿No es eso que posee la famosa colección?

—Sí. El mismo.

¿Y quiere venderla? Entonces iremos los dos a Pantarkirchen.

—No—exclamó Pablo asustado—. Tengo que ir solo.

¿Para que me traigas una chica de Baviera en vez de una diosa griega? ¡Ca! Te conozco. Iré contigo.

TERCERA PARTE

Annie llegó a su casa y abrazó a Olly.

—¡Traigo los billetes, Olly! Mañana salimos a las 8'45 de la mañana.

—¿Cuánto te han dado por el cuadro?—preguntó Olly con el semblante muy alegre.

—Trescientos marcos. Me ofreció doscientos nada más, pero no me conformé.

—El pobre señor se va a pasar la vida esperando a la americana que quería comprar un cuadro de Nápoles sin Vesuvio. ¡Si ha-



Las muchachas pasaron un viaje encantador.

bieras visto qué cara ponía cuando se lo dije! Yo misma me asusté. De poco salgo corriendo y no me ve más.

Al día siguiente las dos muchachas estaban despiertas desde muy temprano; tanta era su ilusión de marchar. Decidieron no llevarse mucha ropa e hicieron dos maletas, poniendo en ellas lo más indispensable.

Poco rato antes de salir el tren ya estaban Annie y Olly en su vagón. En el mismo de-

partimento que ellas viajaba un joven, que parecía intranquilo. Como pasase por el andén el Jefe de Estación, el joven lo llamó y le dijo:

—Escuche, ¿verdad que este tren pasa por Halle?

—No, caballero. Está usted confundido, éste pasa por Leipzig, el suyo es ese que está a punto de salir.

El joven, después de dar las gracias, cogió una maleta y bajó del tren rápidamente, corriendo hacia el suyo.

Por fin el tren se puso en marcha. Las muchachas pasaron un viaje encantador, y cuando llegaron a las montañas de Baviera, Annie, cada vez más contenta, se puso a cantar:

Cuando en verano la vida sonríe
hay que partir,
hay que olvidar.
Las paredes, la casa te oprimen,
entonces el mundo hay que conocer.
Los pájaros cantan: ¿Por qué esperas tanto?
y lo contenta y dichosa tras ellos me voy.
Yo quiero irme contigo: rayito de sol,
cuando en verano la vida sonríe.

Mientras Annie cantaba, Olly notó que la maleta de Annie había desaparecido.

—¡Annie! ¡Dios mío! Tu maleta no está.

—¿Qué dices?—preguntó Annie angustiada.—¿Y esa?

—¡Oh! Debe de ser de aquel joven que se equivocó de tren. La hemos hecho buena.

Afortunadamente la maleta no estaba cerrada con llave y pudieron abrirla. Annie dijo descorazonada:

—Sí que la hemos hecho buena. Me quedo sin traje de noche, ¿Cómo me las voy a arreglar?

—¡Bah! No te importa—dijo Olly—. Jugaremos a cara o cruz quien ha de ponerse el mío, y cada noche puede salir una con él. En cambio, tenemos un traje de montar a caballo.

Como Annie no pareciese muy contenta con el cambio, Olly se puso a cantar para alegrarla.

Lo que está torcido hay que enderezarlo:
eso es muy sencillo.
Aunque la bolsa está vacía,
el corazón rebosa de alegría,
y si alguna vez
algo no sale bien,
hay que conservar el buen humor.

Una vez llegadas a Partenkirchen, se hicieron conducir al hotel. Annie se apresuró a pagar por adelantado.

Cuando estuvieron en su habitación, Olly le dijo:

—Eres muy precavida. ¿Por qué has pagado?

—Nos quedan sólo cien marcos y el viaje de regreso cuesta 80. Si nos los gastamos tendremos que regresar a pie. Voy a guardar estos 80 marcos y así estaremos más tranquilas.

¿Cara o cruz?—dijo Annie con un marco en la mano.

—¿Qué nos jugamos?—preguntó Olly.

—El vestido de noche. La que gane bajará al comedor, la otra puede hacerse traer la comida aquí.

Olly: has ganado tú. Vístete, yo te ayudaré.

Olly se puso el traje y bajó al comedor.

CUARTA PARTE

Pablo y su tío habían llegado a Partonkirchen en el automóvil de este último, de quien Pablo se había podido desprender con mucho sentimiento suyo, y se hospedaban en el mismo hotel que las dos amigas.

Cuando Olly llegó al comedor se encontró

frente a ellos dos. El señor Hartwig hizo un gesto de sorpresa y se apresuró a saludarla.

—¡Oh! Señorita, ¿Usted aquí? Encantado de saludarla. Tengo el gusto de presentarle a mi sobrino Pablo.

Tanto gusto—dijo Olly un poco azorada.—Yo tener ya un cuadro sin Vesubio.

—Cuanto lo siento, yo también le había encontrado uno. Pero no importa. Espero que querrá usted cenar con nosotros, ¿verdad?

—Oh! Muchas gracias—dijo Olly.

Mientras, Annie había bajado y se disponía a atravesar el hall para dar una vuelta por el pueblo, cuando de pronto vió a Pablo y a Olly que se sentaban en una mesa. Annie se quedó un momento pensativa, deseosa ella también de cenar junto a Pablo, y sintiendo un poco de celos de su amiga.

Como viera en un escaparate del hall un traje de noche, con una etiqueta que marcaba 75 marcos, vaciló un momento, pero a trueque de quedarse sin dinero para el regreso, llamó a la encargada y lo compró.

Después de ir a su habitación y vestirse, volvió al comedor y se presentó en la mesa en que comía su amiga, quien al verla de poco pega un grito de sorpresa. Sin embargo, logró dominarse, y la presentó a sus dos compañeros de mesa.

Pablo reconoció en seguida a la muchacha, pero procuró disimular y la cena transcurrió



—No encontrarme nada bien.

sin que sucediese nada de particular, a excepción de que Pablo acarició la mano de Annie tres o cuatro veces por debajo de la mesa.

—No encontrarme nada bien—dijo Olly—. Ustedes son tan amables que me dispensarán, ¿verdad? Me retiro a mi habitación.

—Yo te acompañaré—dijo Annie— y se despidieron de Pablo y de su tío.

Una vez en la habitación, Olly, un poco enfadada, preguntó a Annie:

—¿De dónde has sacado ese vestido?

—Lo he comprado—dijo Annie bajando la cabeza.

Olly se llevó las manos a la cabeza, atemorizada, pues comprendía que se quedaban sin un céntimo y que tendrían que regresar a Berlín andando.

—Pero, infeliz, ¿qué ha sucedido para que cometieras esa barbaridad?

—El joven que estaba en tu mesa es el mismo que ayer me besó en el auto.

—¿De veras?—dijo Olly comprendiendo.

—Pero, ¿y eso qué tiene que ver?

—Tiene que ver que a mí me gusta, ¿oyes?

—También me gusta a mí—dijo Olly.

—Olly, no nos enfademos. Siempre hemos vivido muy bien y ahora un joven no debe ser la causa de que riñamos. Juguémoslo a cara o cruz.

—Tienes razón. La que pierda tiene que prometer que se conformará y que no molestará para nada a la otra. Es más, tiene que prometer que hará todo lo posible para que Pablo Hartwig la deseste. ¿Prometido?

—Sí—dijo Annie—. Tira.

Olly lanzó al aire la moneda y Annie dijo casi llorando.

—Has ganado tú.

Y aquella noche se acostaron ambas amigas, una muy contenta y muy triste la otra.

A la mañana siguiente, Pablo, antes de que

su tío se despertara se dirigió al castillo de Ravensburg, esperando encontrar en él al Barón y contarle en el filo que estaba metido.

Al llegar al castillo un criado le enteró de que el Barón de Ravensburg se hallaba de caza y era posible que no regresase en todo el día.

—¡Magnífico! Entonces arreglaremos nosotros mismos todo esto—dijo Pablo, que veía arreglarse el asunto.

—¿Qué dice usted, señor?

—Soy muy amigo del Barón—dijo Pablo—y voy a preparar una broma a mi tío. Es el famoso anticuario Hartwig.

—Sí, señor, he oído hablar de él—contestó el criado que no se atrevía a secundar a Pablo sin orden de su amo.

—No se preocupe usted. Al fin y al cabo no tenemos que hacer nada de particular. Fíjese usted, ¿ve estos cartones?

—Sí, señor.

—Cada uno de ellos lleva una cifra, las colocaremos en los objetos de valor y mi tío se creará que se halla en una subasta. Es una broma inocente y el barón no se molestará por ella.

Mientras Pablo se hallaba en el castillo, Anie y Olly se habían despertado. Olly se levantó en seguida y se bañó cantando.

—Parece que están muy contenta—le dijo un poco de malhumor Anie.

—Tú dirás. Dentro de un rato tengo que ver a Pablo Hartwig.

—Y yo, ¿qué voy a hacer esta mañana?—dijo entre hablando consigo mismo Anie.

—Podemos ir juntas a pasear si tú quieres. No veo por qué no podemos seguir como antes. No faltaría más que nos enfadáramos por un hombre. ¿Qué es un hombre? Al fin nada.

—Tienes razón, Olly. Iré a la montaña y pintaré algún cuadro. Al fin y al cabo he venido aquí para eso.

—¡Muy bien!—gritó Olly—. Así me gusta.

—¿Qué traje me pongo?

—¿Por qué no te pones el de montar a caballo? Estarías muy chic.

—Nos ha estropeado estos días aquel maldito tonto del tren. Habría que ver la cara que pondría al llegar al hotel y empezar a sacar de la maleta camisas y pantalones bordados.

Cuando Olly salió a la terraza para encontrarse con el señor Hartwig y Pablo (tal como habían quedado el día anterior, encontró solamente al primero.

—Buenos días, señorita—dijo el señor Hartwig a quien Olly le había gustado, y a quien creía poseedora de una cuantiosa fortuna.

—Buenos días. ¿Y su sobrino? ¿Está durmiendo todavía?

—¡Cál! Cuando ya me he despertado ya estaba fuera del hotel. Creo que ha subido al castillo de Ravensburg. Yo he telefonado allí

y me han dicho que el Barón estaba fuera. No entiendo, en realidad, una palabra de lo que sucede. ¿Qué le parece si subiéramos nosotros al castillo?

—Como usted quiera—contestó Olly.

—Entonces bajemos a desayunar y después iremos en mi auto. Supongo que no tendrá inconveniente, ¿no es eso?

—No, señor Hartwig.

Pablo, por su parte, había acabado de arreglar las etiquetas y el aspecto que ofrecía el castillo de Ravensburg era idéntico al que ofrecería en caso de una subasta. De cada armadura, de cada estatua, de cada cuadro, colgaba un cartelito indicando la cantidad por que estaba tasado.

Pablo se dirigió a pie hacia el pueblo, esperando encontrar quizá el auto de su tío.

De pronto, mientras contemplaba el paisaje, vió a lo lejos a una muchacha, en la que en seguida reconoció a Annie, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Annie! ¡Annie!

Annie oyó el grito y pudo divisar a Pablo, de lo que íntimamente se alegró, haciéndolo una seña con el brazo.

Corrió Pablo hacia su encuentro y se quedó un poco parado al verla ante un caballito.

—¿Usted pinta?—dijo Pablo.

—Un poco—contestó Annie poniendo una cara muy seria, pues no quería traicionar a

Olly, a quien había prometido hacerse antipática a él.

—Es usted deliciosa. Todavía guardo en mis labios el perfume de los suyos.

—Señor Hartwig, ¡haga usted el favor de callarse!

—No se enfade. Al fin y al cabo aquello no tiene importancia.

—Para mí, ninguna—dijo Annie cada vez más de mal genio.

—Sin embargo, debo confesarle que el recuerdo no quiere borrarse de mi memoria, a pesar de todos mis esfuerzos.

—¡Ah! ¿Ha hecho muchos esfuerzos para olvidarse?—preguntó Annie un poco picada en su amor propio.

—Muy pocos, en verdad. Pero no puedo resistir a la tentación y he decidido darme por vencido.

Pablo se había sentado en el suelo cerca de Annie y ahora al decir estas últimas palabras se acercó más a ella y pretendió cogerla por la cintura para darle un beso. Annie se dió cuenta y se puso en pie, gritándole furiosa.

—Es usted un sinvergüenza!

Pablo se echó a reír y sin hacer caso de los gritos de Annie, la cogió y besó otra vez los labios. En esto se oyó un grito que partía de la carretera. El señor Hartwig y Olly se dirigían hacia el castillo de Ravensburg, cuando

desde el automóvil vieron a Pablo y Annie. Descendieron ambos del auto y entonces fué cuando Olly vió a Pablo que abrazaba a Annie y pegó un grito.

—¿Lo ve usted? Nos han visto—dijo Annie colorada de indignación.

—¡Bah! No se preocupe. Mi tío no se avergüenza de esas cosas; ya me conoce.

—Es usted un cínico!—contestó Annie a media voz, porque llegaban Olly y el señor Hartwig. Este último un poco corto de vista no se había dado cuenta de nada, aun cuando se figuraba que Pablo no había ido a reunirse con Annie precisamente por el solo gusto de contemplar el paisaje.

—Ah! ¿Es usted pintora?—dijo el señor Hartwig a Annie. La felicitó. Ha escogido un paisaje bellísimo.

Olly miraba a Annie enfadada. Después se dirigieron todos en busca del auto y Olly dijo en voz baja a Annie.

—Mala amiga. Me has traicionado.

—¡Mentira!—dijo Annie—. Te juro que yo no tengo la culpa y que he hecho todo lo posible para rechazarle.

—Bien. Ya hablaremos de eso luego. Como de vuelvas a mirar voy a armar un escándalo.

ULTIMA PARTE

El joven que había cambiado la maleta con Annie se dio cuenta del cambio al llegar a su tren. Procuró averiguar a dónde se dirigían las muchachas y tomó el tren siguiendo que salía para Partenkirchen. Llegó al día siguiente que ellas o sea la misma mañana que Olly y Anis se dirigían al castillo.

—La señorita Annie—preguntó Winkler, que así se llamaba el joven, al portero del Hotel.

—Creo que se hallan en el castillo de Ravensburg—dijo el portero—. Está a media hora del Hotel; le podemos dejar un automóvil si desea trasladarse allí.

Winkler aceptó, pues le urgía mucho hacerse con la maleta.

Mientras, los demás habían llegado al castillo y se pusieron a contemplar los cuadros y los objetos tasados.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—exclamaba el señor Hartwig cada vez que encontraba algo que le parecía una ganga.

Pablo estaba muerto de risa y Olly tenía

que fingirse una gran dama americana muy entendida en antigüedades.

—Señorita Olly—decía el señor Hartwig—. ¿Se ha fijado usted en esa armadura? Doscientos marcos. Es increíble! En cambio, ese tapiz al que no encuentro ningún mérito, está tasado en 8.000. Ignoro quien ha sido el que ha puesto precio a todo, pero quien haya sido demuestra un desconocimiento absoluto del arte.

En aquel momento apareció en el salón en que se hallaban el Barón Ravensburg, que acababa de llegar al castillo.

De momento se quedó un poco parado al ver el aspecto de los muebles con las etiquetas correspondientes y a aquellos desconocidos, pero en seguida reconoció a Pablo a quien conocía mucho y vió que le estaba haciendo señas, por lo que comprendió en seguida que se trataba de alguna broma de Pablo.

—Señor Ravensburg, tengo el gusto de presentarle a mi tío Carl Hartwig, y a las señoritas Olly y Annis. Hemos sabido que el castillo se vendía y hemos venido a comprar alguna cosa.

—¡Oh! Lo lamento—contestó Ravensburg siguiendo la broma—. Hoy mismo lo he vendido por entero a una rica dama americana.

Hartwig pegó un salto y volviéndose hacia Olly, le dijo:

—Ha sido usted, ¿verdad? Podía habérme-

lo dicho, señorita. Ya sabía yo que sus millones me iban a estropear el negocio. En fin, ¡qué le vamos a hacer!

—No se enfaden ustedes—dijo Ravensburg, —las invito a cenar. Espero que quedaremos todos buenos amigos.

Mientras esperaban la cena, el señor Hartwig llamó a Pablo aparte y le dijo:

—Me parece que la americana está enamorada de ti. Si te casases con ella haríamos un gran negocio.

—Escuche, tío. Lo siento en el alma, pero a mí me gusta la otra.

—¿La otra? Pero si ésta es muy rica.

—Entonces, queridísimo tío, lo que usted podría hacer era casarse con ella. ¿Qué le parece? Usted no ha cumplido aún los 40 y me parece que ella no le rechazará. Además, usted también tiene dinero y no parecerá un negocio. Será más disimulado.

El señor Hartwig se quedó pensativo. Mientras, Pablo se acercó al Barón que estaba hablando con Olly muy animadamente y le dijo:

—Un momento, Barón.

—Espero que me cuentes todo esto—dijo el Barón—. Supongo que se trata de una broma.

—Sí. Por conocer a aquella muchacha que está allí sentada, la amiga de la que estaba usted hablando, me ha metido en un tío del



Transcurrió la cena muy animada.

que no sabía como salirme e inventé la historia de que usted sabastaba el castillo.

—A propósito, ¿sabe usted que la dama americana es muy bonita?

—Le advierto que es muy rica—dijo Pablo.

—Lo siento; siempre me había gustado casarme con una muchacha que no tuviese dinero.

Cuando se disponían a sentarse en la mesa, apareció Winkler.

—¿La señorita Annie?—preguntó.

—Yo misma—contestó Annie muy azorada al reconocer al joven que se había apoderado de su maleta.

—Señorita, esto es incalificable: lleva usted mi vestido.

—Comprenda usted—contestó Annie, que usted se quedó con mi maleta y en ella están todas mis trajes. Quien tiene que estar disgustada soy yo y no usted.

—Señorita; ¡desnúdese en seguida!

—¿Qué dice usted?—exclamó Annie.

—Compréndame, señorita: el traje que lleva usted es de prestidigitador. Torciendo un botón que está situado en el bolsillo de la americana quedaria usted en seguida desnuda. Tengo que dar una representación mañana y si pierdo el próximo tres me quedaré sin contrata.

Winkler en su nerviosidad intentó acercarse a Annie, pero entonces Pablo lo cogió por el cuello y lo condujo a la fuerza hasta la puerta, diciéndole:

—¡Como vuelva usted a poner los pies en esta casa, se acordará usted de mí!

—Pobrecillo!—exclamó Annie—, se va a quedar sin trabajo...

—No se apure, señorita—interrumpió Ravensburg, eso le hará ir con cuidado otra vez. Transcurrió la cena muy animada. Pablo

charlaba con Annie y Olly se dejaba admirar por el Barón.

Cuando terminaron de cenar era aún de día. De pronto se oyó una bocina de automóvil en el patio del castillo y todos se asomaron a las ventanas para ver quién era el recién llegado.

—¡Oh! Es mi secretario — exclamó el señor Hartwig —. Señorita Olly, trae el cuadro del Vesubio. No me acordé de darle contraorden.

Annie, al ver al secretario que era quien le había comprado el cuadro, temió que todo se descubriese, y aterrorizada, sin saber lo que hacía, echó a correr y salió del castillo.

Al llegar a la carretera, encontró a Winkler, quien corrió tras ella con afán de apoderarse de su traje. Annie no se asustó y cogió un camino que la condujo hasta el lago. Una vez allí vió una barcaza llena de heno recién cortado y saltó hasta ella.

Señorita, por favor — llamaba Winkler —. Déme mi traje. Después avisaré al castillo que le traigan la maleta y podrá vestirse.

Annie, temiendo que Winkler saltase a la barca y se apoderase del vestido a la fuerza, se desnudó y le tiró las ropas, quedándose ella desnuda. Winkler salió entonces disparado, en el mismo instante que llegaba Pablo, que había seguido desde lejos a Annie.

—No se acerque — le dijo Annie —. ¡Por favor, no salte a la barca!



Annie y Pablo, fueron muy buenos amigos.

Pablo, sin hacer caso, ya se hallaba en ella, y Annie se escondió en el heno, sacando tan solo la cabeza.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué se esconde? — preguntó Pablo.

—Ha entregado mis ropas a Winkler—, confesó Annie ruborizada.

Pablo, entonces se acercó a ella y la besó en los labios sin que Annie opusiese resistencia.

—¡Annie! ¡Annie! La adoro. Vamos a dar un paseo juntos.

Pablo entonces soltó la amarra de la barca y ésta se deslizó por el lago.

—¿Y mis vestidos?—dijo Annie riendo.

Pablo no contestó y se sentó en el bano.

FIN

YA ESTÁ A LA VENTA EN

EDICIONES BIBLIOTHECA FILMS

El beso ante el espejo

Creación insuperable de

Nancy Carroll y Paul Lukas

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALFA" Ap. Correos 707
BARCELONA

1924 AYER COMO HOY
HOY COMO MAÑANA **1934**

Biblioteca Films

y

Films de Amor

*son las invictas
novelas cinematográficas que*

*ni envejecen
ni desaparecen*

y al entrar en el

DÉCIMO AÑO

de su aparición, agradece
a sus bellas lectoras y
simpáticos lectores, el
constante apoyo que han
dispensado, deseándoles
grandes éxitos y pros-
pero año

1934

